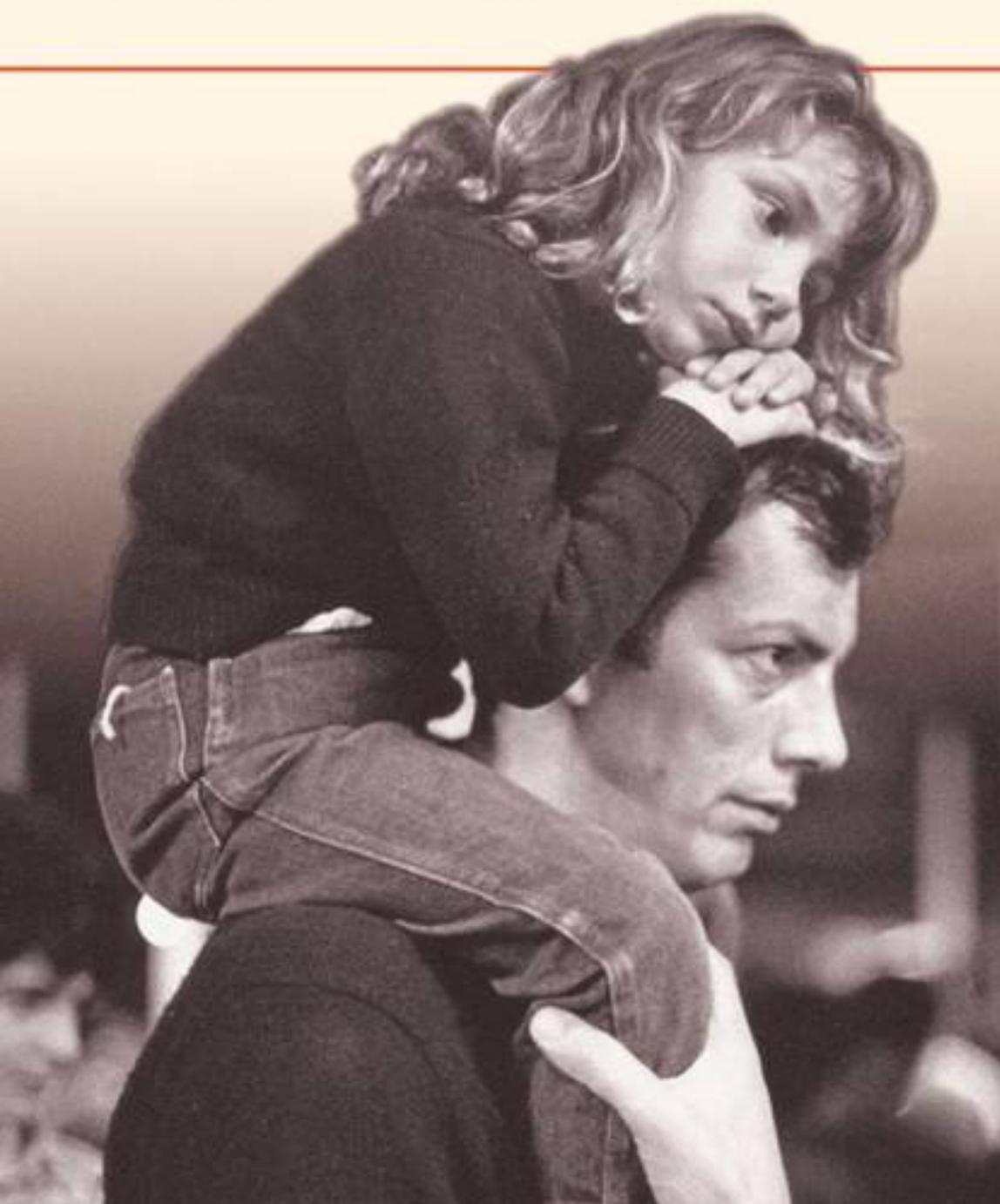


DÓNDE VAIS A ENCONTRAR  
UN PADRE COMO EL MÍO

Rossana Campo



Este libro es la historia de Rossana. Y la de Renato. De la niña y la mujer que tuvo que lidiar con las múltiples figuras, a menudo contradictorias, que su padre encarnó a lo largo de su libre y vertiginosa existencia: el individuo vital e irremediabilmente optimista, pero también el pendenciero dominado por una rabia incontenible; el maestro que la animaba a rechazar toda forma de hipocresía, y el irresponsable que muchas veces parecía no preocuparse por nada ni por nadie; el charlatán prodigioso, el que no reconocía autoridad alguna... Una persona entrañable y complicada, un hombre que fue, a la vez, lo mejor y lo peor que pudo ocurrirle a su hija.

Como lectores, siempre nos emocionan los textos en los que el escritor nos cuenta algo difícil de decir, capaz de arrastrarnos a las profundidades de su vida que, en más de un sentido, es también la nuestra. La novela de Rossana Campo nos enseña que nuestra parte más vulnerable, la que evitamos mostrar a los demás, es preciosa, es nuestra más desnuda humanidad. Y tal vez sea eso lo único que realmente tenemos.

*¡Y ahora quiero saber —gritó de pronto la mujer  
con una fuerza terrible—, quiero saber dónde  
vais a encontrar en toda la tierra un padre  
como el mío!*

ISAAK BÁBEL

# 1

Mi padre me dijo una vez: Rossanita, nunca debes tener miedo a nada en esta vida, porque recuerda siempre que ¡fuiste concebida sobre una mesa de billar!

Volví a Albisola el 5 de noviembre del año pasado. Papá se había agravado repentinamente. Después de una vida de desgracias, operaciones, úlceras en el estómago, problemas de hígado, accidentes automovilísticos, comas etílicos, varias operaciones en los pies (le habían amputado seis o siete dedos), un *bypass* en la pierna derecha, crisis psicóticas pasajeras, depresiones, trastornos bipolares, etc., Renato había conseguido llegar al umbral de los ochenta y dos años. Y hasta un mes antes de la enfermedad que lo mataría (un virus intestinal que le dejó con menos de 40 kilos), había seguido siendo él. Mi padre, un tipo chiflado, informal, quizá simpático, un gran narrador de historias y de aventuras (medio verídicas medio contadas a lo grande, solo por el gusto de exagerar, por la alegría de contar mentiras y también para encubrir con la narración de su epopeya personal la verdadera realidad de su vida, de su pasado y de los enormes dolores padecidos en su infancia y durante toda su vida). Papá siempre nos había parecido lo que era. Mi hermano Nico, mi madre y yo lo vimos siempre tal y como era: un ser tremendamente frágil, inadaptado, hipermotivo, chiflado, a veces incluso loco, y un gran borracho indefenso. Dije a mi hermano, medio en serio medio en broma: ¿Sabes?, ahora que lo pienso, creo que en el fondo la única pasión verdadera de su vida, el único punto de re-

ferencia al que realmente fue fiel hasta el final fue la botella.

Mi madre fue a rebuscar en el diario que Renato no dejó de escribir durante toda su vida, sobre todo en las noches de borrachera, y, hasta pocas semanas antes de su muerte, encontró apuntados en él una serie de lingotazos que se había tomado con gusto y con un sentimiento de desprecio hacia toda la humanidad, sobre todo hacia los médicos que querían quitarle a su amada compañera, su estrella polar, su botella. Y también hacia los antiguos superiores de su época de carabinero (los varios tenientes, coroneles, generales, etc., a los que no dejó de guardar rencor incluso después de pasados veinte, treinta, cincuenta años, de los hechos). Y para acabar, hacia su querida mujer, que, aunque valiera mucho y pareciera una actriz, tenía un claro defecto, el de seguir dándole el coñazo para que no bebiera.

Incluso en su funeral, y en los días siguientes a su muerte, tanto mi hermano como yo tuvimos la sensación de que la energía de Renato, su forma de ser, esa manera tan suya de estar en el mundo, seguía entre nosotros, sin soltarnos. Nos dimos cuenta por el coche fúnebre, que llegó tarde delante de la iglesia de San Nicolò de Albisola y de repente chocó contra un poste que había junto a la entrada con un estruendo siniestro que nos hizo reír a casi todos y que conectó inmediatamente con la reacción de Beppe, el loco del pueblo, al que yo recordaba de la época de mi infancia, y que seguía siendo el mismo, solo que cuarenta años más viejo. Beppe, un hombretón alto y grueso con la cabezota calva y dos ojos azules infantiles y sonrientes, vestido como siempre con una indumentaria inspirada en Fidel Castro, con un fusil de juguete colgado a la espalda, su inseparable cantimplora y los prismáticos colgados al cuello, sacó una

trompeta y, animado por el estruendo del coche fúnebre, como si este hubiera sido una especie de director de orquesta que diera el la, empezó a improvisar un solo desentonado, pero que nos infundió una especie de alegría a todos, una especie de marcha de los *boy scouts* que habría sido perfecta si se hubiera tratado de unos dibujos animados, con el pato Donald y Juanito, Jorgito y Jaimito vestidos de exploradores. Pensé, esta es la banda sonora perfecta para el funeral de Renato.

En conjunto no estuvo mal, me pareció que diluía la tristeza de las amigas de mi madre y de algunos vecinos de mis padres que aprovecharon con avidez las penas del funeral para sacar todas sus historias, las tristezas y melancolías acumuladas durante toda una vida con la que Renato no había tenido nada que ver. De ese modo, el golpe del coche contra el poste y la marcha de Beppe vestido de Fidel Castro transformaron de inmediato el acontecimiento trágico en otra cosa, en algo que tenía la impronta, la marca de fábrica, el sabor inconfundible de Renato.

Y me pareció que también el funeral estuvo influido por lo que había sucedido antes delante de la iglesia, porque todo era un poco anárquico y chistoso. El cura, que debía decir algo sobre Renato, como suele hacerse en los funerales, se notaba que no sabía cómo actuar, y yo me decía, quiero ver qué dice de un parroquiano que no ha pisado la iglesia ni una sola vez en su vida, quiero ver qué se inventa este cura.

Este habló de Renato como de un gran trabajador venido desde el sur de Italia en los años sesenta (y aquí Nico y yo tratamos de no mirarnos para no echarnos a reír), que había formado una buena familia, con dos hijos y una esposa a la que había respetado y amado durante toda la vida (y

recordé las palizas que Concetta recibía de Renato cuando este bebía, inclusive la última vez, cuando ya era un viejo de ochenta años flaquísimo, durante lo que el psiquiatra definió como un episodio maniaco-depresivo; en aquella crisis de locura volvió a sacar una extraña fuerza y una energía animal y volvió a pegarle bofetones, patadas y empujones).

Durante el funeral me dije que así son las cosas, que la verdad de las personas siempre se adorna, se edulcora, se mantiene oculta, que en el fondo nadie tiene el valor de ver las cosas tal y como son, ni de contemplar la verdad sincera de nuestras vidas, nos resulta imposible. Tememos que la verdad pueda hacernos estallar, volvernos locos o hacer que muramos de dolor, que nos entren ganas de coger un fusil, uno real, no el fusil de juguete de Beppe vestido de Fidel Castro, y cargarnos a todo el mundo.

Creo que empecé a escribir cuando era una chiquilla para intentar expresar en un espacio solo mío la verdad de las cosas. Empecé a escribir para encontrar un lugar donde hacer un balance de la situación, donde plasmar lo que sentía y veía, y lo que todos a mi alrededor negaban habitualmente. Siempre me ha parecido una actitud muy italiana, de las familias y de los individuos, no querer ver las cosas tal y como son, esquivarlas, eliminarlas. Confiar en que si se postergan, o no se afrontan, o no se enfrentan a su verdad, las cosas cambiarán, se transformarán, harán menos daño o incluso desaparecerán.

Me resultó extraño, por lo tanto, despertarme una mañana, un par de semanas después de la muerte de mi padre, y recordarlo con una sensación de alegría repentina, como de

posibilidad, de alivio, y, ante mi enorme estupor, descubrirla mezclada con la rabia que he sentido a menudo por haber tenido un padre así, y con la tristeza de no poder verlo ni llamarle por teléfono nunca más, me resultó extraño, digo, descubrir una especie de gratitud verdadera, sincera, que me salía de las entrañas, de lo más profundo de mi vida. ¿Y esto a qué viene? ¿Qué significa?, me dije hablando sola en voz alta, como me sucede de vez en cuando. Había algo dentro de mí, una parte seguramente infantil, muy antigua, que sonreía a Renato. La parte que siempre había estado mezclada con la furia y también con el dolor, unidos a una sensación de vergüenza por ser como soy, y por el hecho de haber relacionado siempre mi forma de ser con él, con Renato, mi padre. Ahora, no obstante, había otra cosa, un sentimiento casi gozoso y liberador, unido a una especie de gratitud insensata, pero sincera, por todo lo que él había sido y por las cosas que me había transmitido, seguramente a su pesar, o quizá solo por herencia genética.

¿Qué es esto que estás sintiendo ahora?, me pregunté.

Tal vez ahora que la aventura humana de Renato en nuestro planeta había concluido, ahora que estaba segura de que su parte destructiva ya no podría hacernos sufrir, solo permanecía una parte de él, digamos que su naturaleza de fondo, su parte buena, su parte anárquica, vital, juerquista, esa capacidad tan suya de pasarse por el forro las normas, las opiniones comunes, las buenas maneras hipócritas, los falsos deberes. Estaba enormemente agradecida a todo lo que sentía ahora por él. Veía ahora la parte buena de Renato como una herencia preciosa, y me apetecía acordarme de cuando era pequeña, de cuando estaba enamorada de sus mejores cosas, de cuando estar con él significaba sentirme libre, completamente libre de ser como era. Y por lo tanto, completamente viva.

Pensé que si hoy me sigo sintiendo de nuevo así en mis mejores momentos, cuando el solo hecho de estar viva y de respirar me parece un acontecimiento glorioso, increí-

blemente maravilloso, y cada día está lleno de posibilidades, te lo debo también a ti, papá, a cómo eras y a tus cualidades más bellas.

Así, nada más levantarme, mientras regaba el ficus de al lado de la ventana, con la seguridad de que en algún rincón del universo había quedado una parte de él, le dije: Papá, en tu jodida vida me transmitiste algo bueno, es más, posiblemente fui yo la que, testaruda, lo atrapé, me agarré a eso que me venía de ti. No me he dejado anestesiar, ¿sabes?, no me he dejado amordazar por nadie, ni por ninguna persona ni por ideas tristes, y he tirado para delante tratando de llevar una vida que he sentido auténtica, sincera, mía. Renato, tenías razón al decirme que no debo tener miedo de nada, ¡porque fui concebida sobre una mesa de billar!

## 2

Están las tormentas, los aguaceros y las inundaciones. Cada vez que cogemos el Simca y vamos al sur a ver a la familia, pillamos alguna tormenta, algún aguacero, alguna inundación. Renato lleva puestos los guantes de piloto de Fórmula 1, los de ante sin dedos y una gorra de visera, y fuma un Amadis sin filtro. Concetta viste sus mejores minifaldas y blusas ceñidas y coloridas que le marcan el pecho, y se alarma en cuanto oye un trueno, en cuanto ve el relámpago en el horizonte. Cuando estalla el trueno, se coge la cabeza entre las manos y grita: ¡OH, DIOS MÍO!

A Renato le cabrea verla como una coneja asustada, y empieza a cagarse en todos los santos del paraíso. A mí los truenos me impresionan un poco. Pero no quiero parecer una miedica. Así que digo: A mí los truenos me importan un carajo.

¡Así me gusta! Tú nunca tienes que tener miedo de *na*, peque, me dice Renato.

No, yo no tengo miedo de nada, yo soy *fuertísima*.

¡Muy bien, pequeñuela! Si sigues así llegarás a ser una piloto de Fórmula 1.

¿Qué es la Fórmula 1?

Son unos *echaos* para delante que hacen carreras de coches para ver quién va más escopetado.

No sé si me apetece ser una piloto de Fórmula Uno.

Y ¿qué te viene en gana ser?

A lo mejor una bailarina de televisión, como las gemelas Kessler.

Ah, sí, las gemelas Kessler, esas que tienen unas cachas de dos metros de largo, dos pedazos de alemanotas, pero

tú tomas demasiados espaguetis y tienes mucha barriga, ¿me quieres decir cómo vas a ser bailarina?

Vale, no me importa, también me importan un carajo las bailarinas.

Ah, a esta no hay quien la tosa, dice Renato muy contento, ha salido a su padre.

¡Esta se me convierte en una inadaptada, en una vagabunda! Esta me sale a ti y a toda tu familia de gitanos, oh, Dios mío, espero que no haya salido solo a ti y a tu familia, espero que haya salido también un poco a mí, dice Conchetta sin dejar de protegerse la cabeza de los truenos.

Somos gitanos, somos vagabundos, somos diferentes al resto de las personas que viven en Albisola, provincia de Savona. Tenemos una forma de hablar diferente a la de los demás, mis padres se visten de forma estrafalaria y tienen tanto acento de paletos que nadie los entiende cuando hablan.

Se ponen ropa de colores chillones cuando van a bailar, llevan pajarita, ropa verde esmeralda con lentejuelas, mi madre viste su minifalda y enseña todas las piernas, dice que si se la ponen las actrices de televisión y de cine, ella no va a ser menos, caray, pues no tiene nada que envidiar a nadie con sus muslos largos, completamente bronceados y rectos. Anda la leche, ¿y no podría ir también yo a la tele en lugar de barrer la basura de esta casa de mierda?, dice.

Nuestro coche es un armatoste, nunca puede ir demasiado deprisa porque enseguida empieza a salir humo del motor o pierde aceite por debajo. Renato dijo una vez que iba de caza y de paso también por setas y regresó sin haber cogido nada, ni un solo pájaro ni setas, solo cazó una serpiente de casi dos metros de largo. La mató con sus propias manos, dice (seguro que es una trola), y la colgó del parabrisas

como un trofeo. Circula por el pueblo en el coche, avanza lentamente con la ventanilla bajada y el brazo fuera y se chulea, se comporta como un fanfarrón. No se da cuenta de que todos lo toman por un gitano loco y borracho, de que a la gente le importa un bledo que un excarabinero expulsado del cuerpo con una patada en el culo vaya a los bosques y dispare a las serpientes.

A mí en cambio me gusta cómo es Renato, me gusta que sea arrogante, cantamañanas, que farde de cosas insensatas y no se canse de decir chorradas una detrás de otra. A mí me gusta que sea así, también porque cuando intentaron mandarme al parvulario de las monjas yo no quise ir y me tiré al suelo gritando y pataleando en señal de protesta, él comprendió que no debían forzarme, que no iría con las malditas monjas ni aunque me mataran. De hecho, me dijo: Tú Rossanita eres como yo, no hay forma de obligarte a aceptar la disciplina, ¡no hay manera, joder! Concetta, se acabó esta historia, la niña no irá a la guardería, ¡es igual de bicho raro que yo! Después, volviéndose hacia mí, me explica: Y en cuanto a esas monjuchas o a cualquier otra persona que se permita tocarte los huevos, ¿sabes lo que has de decirles? Les has de decir: ¡Ha dicho mi papá que te vayas a tomar por culo!

Concetta está preocupada, le gustaría verme integrada en el pueblo, le gustaría oírme hablar en la lengua de los rostros pálidos, le gustaría que también nosotros nos transformáramos en septentrionales, pero no comprende que nunca lo conseguiremos, que a los meridionales se nos ve llegar a miles de kilómetros, los de la BAJA ITALIA, los que no sabemos hablar sin gritar, los que siempre estamos buscando pelea, los que comemos macarrones con tomate y con albóndigas de carne. Los *terroni*<sup>[1]</sup>.

### 3

En los días siguientes al funeral de Renato, mi madre, ordenando los cuadernos y los diarios en los que él escribió siempre sus recuerdos, sus pensamientos y vete a saber qué más, me dice: ¿Sabes que dijo que había dejado de beber?, dijo que lo había dejado después de una de las últimas operaciones en los pies, hace seis años.

¿Y no fue así?

Oye esto, me contesta, y me lee un fragmento del diario de papá, dice: Hoy me he tomado un par de lingotazos de *whisky*, sé que después cuando vuelva a casa mi esposa me dará el coñazo, pero yo soy así, o me tomas o me dejas. Si os parece bien, estupendo, ¡y si no, iros a tomar por culo! ¡Palabra de Reian!

Admiro la fuerza de mi madre, el valor de ponerse a leer los diarios de papá, de leérselo todo de corrido, incluso las partes más duras. Se pone a descifrar la caligrafía inconfundible de Renato, se cabrea, se asombra, pero aguanta el tirón, no se descompone demasiado.

Me dice: ¡Tu padre! ¿Sabes que los médicos le dijeron que no debía tomar ni una gota de alcohol hace al menos cuarenta años?

¿Y él qué hizo?, pregunto.

¿Él? Le importaba un carajo, como todo lo demás.

Me cuenta que cuando Renato era un joven carabinero decidió presentarse a los exámenes para subteniente. Partió una mañana rumbo a Roma para hacer los famosos exá-

menes y después desapareció, no volvió a casa hasta cinco días más tarde.

¿Qué había pasado?, le pregunto.

Yo estaba preocupadísima, imagínate, llamé por teléfono a un carabinero que conocía, le pedí noticias. Ay, Concetta, me dice, ¡Renato se ha presentado a los exámenes completamente borracho!

¡No!

Sí.

¿Y luego qué pasó? ¿Qué había hecho los otros días?

Se había ido por ahí en el coche, llegó a Molise, en Puglia, siguió viajando borracho, dormía en el coche, hasta que tuvo un accidente, acabó en un barranco, lo recogieron unos campesinos y lo tuvieron en su casa. Cuando volvió a presentarse en casa, tenía los ojos morados, como si le hubieran dado de puñetazos, y un labio partido, ¡te juro que lo habría matado!

La última vez que vi a Renato vivo fue el 5 de octubre. Por la mañana había ido a Milán a presentar una nueva novela mía, después, hacia la una de la tarde, cogí el tren y fui a visitarlos. Enseguida noté que algo había cambiado, aunque aparentemente nada me pudo hacer pensar que exactamente un mes después, el 5 de noviembre, sería el último día en la tierra para Renato, mi viejo Reian. Instintivamente cogí el móvil y me puse a hacerle fotos mientras comíamos. Le hice también a Concetta porque me di cuenta de que le dolía no participar ella también de la sesión fotográfica. Pero era a él a quien quería retratar, como para tener un recuerdo, una huella, algo de él. Este tipo de cosas son las que deben de suceder entre las personas que tienen esta clase de vínculos profundos y jodidos. Hice también algo que jamás había hecho, me acordé de que mi nuevo móvil tenía una pequeña cámara para vídeos cortos, traté de comprender cómo funcionaba y la puse en marcha. Dije,

papá, cuéntame algo. Él, muy contento por ser el centro de atención, se atusó un poco el pelo gris y dijo: ¿Y qué quieres que te cuente?

Lo que se te ocurra, venga.

Hum..., veamos... Miró a mamá y le dijo: ¿Y ahora qué coño le digo a esta?

Invéntate algo, Renato, te pasas el día habla que te habla y ¿ahora no sabes qué decir? Di lo primero que se te pase por la cabeza, vamos.

El sueño, papá, dije, el sueño que me has dicho que has tenido esta noche.

¡Ah, sí, el sueño! Te cuento el que he tenido esta noche. ¡Dios, qué impresión!

Vamos, cuéntalo. Espera que lo encienda, ¡adelante!

Pues verás... esta noche he tenido un sueño muy impresionante, entraba en una habitación muy grande, en una casa muy señorial, y sentía que debía pasar a la fuerza por allí, pero estaba cagado de miedo. Me digo: Renato, te pongas como te pongas tienes que pasar por aquí, no te queda otra. Entonces me armo de valor, entro y ¿qué veo?

¿Qué ves?

¡Dios! ¡Dentro estaba mamá y estaba pariendo! Era Titina, pero también se parecía mucho a mi madre, a la abuela Regina. Y gritaba, chillaba, se encontraba muy mal y me decía: ¡Renato, ayúdame! ¡Ayúdame, haz algo! ¡Estoy fatal! ¡Por favor te lo pido, haz algo!

¿Y tú qué hacías?

¡Yo estaba acojonado! Sabía que tenía que hacer algo, que era un mierda si no hacía nada, pero estaba bloqueado, me sentía como paralizado, entonces...

¿Entonces?

Dios... me estoy emocionando, jod...

No te preocupes, papá, tranquilo.

Hum, no me gustaría que la gente me viera tan sentimental, ¡jea!